

Sud) «extendida hacia Melacha (Malacca) y Zanzibar (costa é isla de Zanguebar, quizá la isla Akgia de los árabes)», reaparecen en 1533 en la cosmografía de Juan Schoner.

Posteriormente, Sebastián Munster, uno de los restauradores de las ciencias geográficas, une la Groenlandia á la Noruega, y aun en nuestros días, entre los meridianos del cabo de Hornos y el de Buena Esperanza, hay de vez en cuando el capricho de reunir islas próximas al círculo polar antártico en grandes masas continentales.

## V.

## Influencia de Pablo Toscanelli en los proyectos de Cristóbal Colón.

Sin negar la influencia que las opiniones y los testimonios de los antiguos han ejercido en el ánimo de Cristóbal Colón, no diremos, sin embargo, que el descubrimiento de América se debe á Pytheas (1), á Eratosthenes (2) ó á Posidonio (3). Colón, después de lograr su propósito, distingue con legítimo orgullo entre el mérito de la ejecución y el de los acertados presentimientos. Al llegar á Lisboa, de vuelta de su primer viaje, escribe (el 14 de Marzo de 1493) á su protector D. Luis Santángel, ministro de Hacienda por la corona de Aragón: «*Consecuti sumus que hactenus mortalium vires minime attigerant: nam si harum Insularum (India supra Gangem) quidpiam aliqui scripserunt aut locuti sunt, omnes*

(1) MANNERT, *Einleit. in die Geogr. der Alten.*, 1829, página 79.

(2) LUD IDELER, *Proleg. de Meteorologia Græcæ. et Roman.*, 1832, pág. 6. El pasaje de Strabón, I, pág. 115 Alm., páginas 64 y 65 Cas., presenta, en efecto, una opinión de Eratosthenes y no de Pythéas, como pretende Mr. Mannert. Véase también RUHKOPF *ad Senecam*, t. V, pág. 11.

(3) STRABÓN, II, pág. 161 Alm., pág. 102 Cas.

*per ambages et conjeturas, nemo, se eas vidisse asserit, unde prope videbatur fabula»* (1).

Algún tiempo después añade el Almirante en la carta á los Reyes, fechada en la isla de Haití en Octubre de 1498: «Todos los que habían oído (*mi*) plática, todos lo tenían á burla, salvo dos frailes que siempre fueron constantes» (probablemente el guardián del convento de la Rábida, fray Pérez de Marchena, franciscano, y el dominico fray Diego de Deza, que permanecieron constantes en sus opiniones).

A la influencia de ambos religiosos y al gran corazón de la reina Isabel (2) debió Colón la dicha de realizar su vasto proyecto, y también á la de Pablo (del Pozzo) Toscanelli, que, con sus consejos, dióle mayor seguridad de ejecutarlo. No esperaba, sin duda, la buena fortuna de encontrarse en perfecta identidad de miras con uno de los más ilustres geógrafos de su época, y el mismo Colón confiesa que esta conformidad de razonamientos le alentó en la idea que se había formado de las ventajas de un camino á la India por la vía del Oeste, y de la esperanza de encontrar islas antes de llegar á la costa de Asia. No pondré aquí el texto (3) de las dos cartas

(1) Cito conforme á la traducción de Léander de Cozco, por haberse perdido para nosotros el original español, á excepción de algunos fragmentos que Muñoz encontró en los manuscritos de Bernáldez, el cura de Los Palacios.

(2) «Ese gran corazón que se muestra en las grandes cosas». (Hermosa frase contenida en la misma carta de 1498.)

(3) Habiéndose perdido el texto original, sólo conocemos la traducción española. *Vida del Almirante*, cap. VII; LEONARDO XIMENEZ *Del vecchio e nuovo gnomone fiorentino*, 1757, LXXIX y XCVII (Las investigaciones de este sabio jesuita sirvieron de

de Toscanelli, escritas primitivamente en latín é impresas muchas veces; limitaréme á llamar la atención sobre algunos conceptos de ellas, cuya importancia histórica no se ha hecho resaltar bastante, porque en cuestiones de esta índole siempre habrá que acudir á los documentos del siglo xv.

«La autoridad de los autores clásicos y otras semejantes de este autor (Pedro de Heliaco), dice Fernando Colón, fueron las que movieron más al Almirante para creer su imaginación, como también un maestro, Paulo Físico (1), florentín, hijo de Domingo, contemporáneo

fundamento al excelente artículo TOSCANELLI, redactado por M. de Angelis en el vol. XLVI de la *Biographie universelle*; *Journal des Savans*, Enero 1758. NAVARRETE, t. II, páginas 1 y 4. (Véanse también Bossi, *Vita di Christ. Colombo*, páginas 105 y 153; CANOVAI, *Viaggi di Amer. Vespucci*, páginas 355 y 370; BALDELLI, *Il Millione*, t. I, páginas 60 y 62).

(1) Humboldt traduce la palabra *físico* por *médico*, y da la siguiente explicación. Aunque Toscanelli fuese sin duda uno de los astrónomos y de los físicos más célebres de su época, y aunque en Italia se le llamaba con frecuencia *Pablo el físico* (*Paulus phisicus*), traduzco la palabra española *físico* por *médico*. Dicha palabra en los siglos xv y xvi se tomaba exclusivamente en este sentido, y fué aplicada por ejemplo á Maestro Bernal, *físico de la carabela Capitana* en 1502; al amigo de Colón, García Hernández, *físico* de Palos, etc. Podría sorprender también el encontrar en la *Vida del Almirante* donde no se pone el apellido Toscanelli, la extraña adición, «*Maestro Paulo, físico del Maestro Domingo florentino*»; pero esta es la manera casi helénica y árabe de indicar la filiación. Pablo era hijo de Domingo, y en el testamento de Nicolás Nicoli, hecho en 1428, encuéntrase también nombrado entre los conservadores de la célebre biblioteca del convento *degli Angeli de Monaci Camaldolesi: Magister Paulus Magistri Domenici medicus*. LEONARDO XIMENEZ, pág. LXXIV.

del mismo Almirante, el cual dió causa en gran parte á que emprendiese este viaje con más ánimo.»

Toscanelli, inclinado al estudio de las matemáticas, á causa de un convite en casa de Felipe Bruneschi y de la ingeniosa conversación que en él sostuvo este arquitecto y mecánico, distinguióse entre todos los astrónomos de su época durante una larga carrera (llegó á la edad de ochenta y cinco años), por su constante atención á los descubrimientos náuticos y á los viajes por tierra.

Era entonces Italia el centro de las grandes operaciones comerciales que los pisanos, venecianos y genoveses hacían con el Asia austral (1), por la vía de Alejandria, del mar Rojo y de Bassora y con las costas del mar Caspio y la Sogdiana, por la vía de Azov (Tana). No se ocupaba sólo Toscanelli en la corrección de las tablas solares y lunares por las observaciones gnomónicas y de astrolabio, como de cuanto podía facilitar el empleo de los métodos de astronomía náutica, ampliamente discutidos, pero rara vez empleados hasta entonces; aplicó también su inteligencia á la comparación de la geografía antigua con los resultados de los descubrimientos modernos y con la utilidad práctica que el comercio de Europa podría sacar de este género de trabajos abriendo un camino directo al *país de las especias* por medio de la navegación hacia el Oeste.

(1) «El gran obstáculo para el comercio de la India por el interior de Asia, dice un escritor del siglo XVI, consiste en la barbarie de los pueblos tártaros que, no pudiendo atacar la India por mar, hacen invasiones por tierra y la saquean y arruinan, como sucede á la pobre Italia, convertida en presa de alemanes, franceses y españoles.» (RAMUSIO, t. I, pág. 338.)

La prueba de este encadenamiento de ideas, de este movimiento intelectual desde la segunda mitad del siglo XV, la encontramos en las cartas de Toscanelli y en todos los escritores notables de su época. Cristóforo Landino, florentino, traductor de Plinio y comentador de Virgilio, habla del concurso de extranjeros en su patria, de hombres que llegaban de las regiones más lejanas, que *circa initia Tanais habitant. Ego autem interfui cum Florentia illos Paulus physicus diligenter quaque interrogaret* (1). Estas relaciones con los negociantes que venían de Oriente, hasta de la misma India y del archipiélago indio, como el veneciano Nicolás Conti (2), enardecieron la imaginación del anciano.

(1) *Georgicon ed (Londinus, Venet., 1520, pág. 48).*

(2) La mejor prueba de la impresión profunda que esta correspondencia con Toscanelli hizo en el ánimo de Colón, es la introducción del Diario de ruta de su primer viaje, donde casi repite las palabras empleadas por el geómetra florentino.

## COLÓN.

«La información que yo había dado á VV. AA. de las tierras de India y de un príncipe que es llamado *Gran Can*, que quiere decir en nuestro romance *Rey de los reyes*, como muchas veces él y sus antecesores habían enviado á Roma á pedir doctores en nuestra santa fe, porque les enseñasen en ella.»

## TOSCANELLI.

«Las partes de Indias donde se podrá ir y el dominio de un príncipe llamado *Gran Can*, que es lo mismo que *Rey de los reyes*; sus predecesores enviaron embajadores al Papa pidiéndole maestros que les instruyesen en nuestra fe.»

Pudo sin duda Colón tomar estas nociones del *Millione* de Marco Polo, á quien no nombra, como tampoco á Toscanelli; pero la serie de las ideas y las palabras pareceme que indican una reminiscencia de la carta de Toscanelli al canónigo Martínez.

Más de setenta y siete años contaba ya cuando escribió á Colón: «Alabo vuestro designio de navegar á Occidente, y estoy persuadido que habréis visto, por mi carta, que el viaje que deseáis emprender no es tan difícil como se piensa; antes al contrario, la derrota (es decir, la travesía desde las costas occidentales de Europa á las Indias de las especias, *Indie delle-spezierie*, como decían los florentinos y los venecianos) es segura por los parajes que he señalado; quedaríais persuadido enteramente si hubieseis comunicado como yo con muchas personas que han estado en estos países (la India de las especias), y estad seguro de ver reinos poderosos, cantidad de ciudades pobladas y ricas provincias», etc.

En la carta al canónigo Martínez dice también Toscanelli: «De sólo el puerto de Zaiton (Zaithun), uno de los más hermosos y famosos de Levante, parten todos los años más de cien bajeles cargados de pimienta, sin contar otros que vuelven cargados de toda clase de especias. Es grande y poblado el país; tiene muchas provincias y muchos reinos del dominio de un príncipe solo, llamado el Gran Can (Khan), que es lo mismo que Rey de Reyes. Ordinariamente tiene su residencia en el Catay. Sus predecesores deseaban tener comercio con los cristianos, y ha doscientos años que enviaron embajadores al Papa, pidiéndole maestros que les instruyesen en nuestra fe; pero no pudieron llegar á Roma y se vieron precisados á volverse por los embarazos que hallaron en el camino. En tiempo del papa Eugenio IV vino un embajador que le aseguró el afecto que tenían á los católicos los príncipes y pueblos de su país; estuve con él largo tiempo; me habló de la magnificencia de su Rey, de los grandes ríos que había en su tierra, y que se

veían doscientas ciudades con puentes de mármol, fabricadas sobre las riberas de un río solo. El país es bello, y nosotros debíamos haberle descubierto por las grandes riquezas que contiene y la cantidad de oro, plata y pedrería que puede sacarse de él; escogen para gobernadores los más sabios, sin consideración á la nobleza y á la hacienda. Hallaréis en el mapa que hay desde Lisboa á la famosa ciudad de Quisay, tomando el camino derecho á Poniente, veintiséis espacios, cada uno de 150 millas. Quisay (Quinsai) tiene 35 leguas de ámbito; su nombre quiere decir ciudad del cielo: vense allí diez grandes puentes de mármol sobre gruesas columnas de una extraña magnificencia; está situada en la provincia de Mango, cerca de Catay» (1).

Es probable que las animadas relaciones del veneciano Nicolás de Conti, que vino á Florencia en 1444, después de veinticinco años de viajes por Syria, el golfo Pérsico, la India á ambos lados del Ganges, la China meridional,

(1) No ignoro que todos los comentadores de las cartas de Toscanelli creen poder citar los capítulos del viaje de Marco Polo, donde el astrónomo florentino aprendió las nociones sobre el comercio de pimienta de Zaithun (lib. II, cap. 77), y la magnificencia de la gran ciudad de Quisai (lib. II, capítulo 68); pero aquí debo observar que existen dudas acerca de lo que con preferencia pudo saber por Nicolás de Conti ó por las conversaciones con viajeros recientemente llegados del Asia Oriental, ó por el manuscrito de Poggio. No encuentro la traducción de *Gran Can* (*Rey de los reyes*); (Conti traduce *Emperador*) y de *Quinsay* (*Ciudad del cielo*), más que en Marco Polo; pero los 12.000 puentes de Quisay en la relación de Marco Polo, los reduce Toscanelli (y esto me llama mucho la atención) á diez, y el circuito de Quisay es casi igual al que refiere Nicolás de Conti. (RAMUSIO, t. I, pág. 340 b.)

el archipiélago de la Sonda, Ceylán, el mar Rojo y Egipto, de igual suerte que la frecuencia de relaciones comerciales con estas ricas comarcas, hicieran muy familiar á Toscanelli el conocimiento topográfico del Asia meridional y oriental. Toscanelli vivió siempre en Florencia, y allí fué donde el papa Eugenio IV (de la familia Condolmeri de Venecia) perdonó al viajero Conti, su compatriota, la apostasia (1), imponiéndole por peni-

(1) Nicolás de Conti tuvo que renegar de la fe para salvar la vida. Ramusio, según la edición de Venecia de 1613, dice que esta absolución fué en 1449; pero el papa Eugenio IV murió dos años antes. La redacción latina del viaje de Conti, hecha por ese mismo Poggio á quien se debe el descubrimiento de tantos preciosos manuscritos de clásicos latinos en Suiza y en Alemania, no ha llegado hasta nosotros. Lo que poseemos en italiano del viaje de Conti es una traducción hecha de la versión portuguesa de Valentín Fernández, y desgraciadamente no pasa de ser un fragmento incorrectísimo. En la *Giava maggiore* (Borneo?) Conti vió pájaros del paraiso, *ucelli senza piedi* (RAM., t. I, pág. 341 b). Son los mismos pájaros del sol (*passares da sol*), de los primeros navegantes portugueses. (REINH FORSTER, *Zool. ind.*, 1795, pág. 30). He aquí las palabras de Conti, que sin duda no vió más que los pájaros preparados por los indigenas y transportados de isla en isla como objetos de adorno: «Nella Giava maggiore trovansi uccelli molte volte che sono senza piedi, grandi come colombi, di penne molto sottili e con la coda lunga, i quali sempre si posano sopra gli arbori; le carne di quali non si mangiano, ma la pelle e la coda sono in grande stima perche s'usano per ornamento del capo» (Nicolás de Conti en RAMUSIO, t. I, pág. 345). Este pasaje, muy notable, no ha llamado la atención de los zoólogos modernos. Pigafetta cree también que se refiere á aves muertas y disecadas, pero que afortunadamente tienen patas. «Il re di Tidore mandó dnoi uccelli bellissimi della grandezza d'una tortola, la testa piccola col becco lungo e *lunghe le gambe uno palmo e sottili*: non hanno ali, ma, in luogo di quelle, penne

tencia referir *con entera verdad* las aventuras de sus viajes al secretario pontificio, el célebre filólogo Francisco Poggio Bracciolini. Perteneciendo también yo á la clase de viajeros, no examinaré imprudentemente si, al imponer tal penitencia, hubo más malicia que benignidad. Se concibe que la lectura de ciertos viajes pueda imponerse como ruda expiación; pero referir los incidentes de una vida de aventuras con toda verdad, *con ogni verità* (así era la cláusula de la absolución pontificia), sólo es castigo cuando se desconfia de la formalidad del viajero (1).

lunghe di diversi colori.» Pigafetta observó bien que no son las plumas de las alas, sino las de los costados las que se prolongan formando penachos más largos que el cuerpo. No vió las alas, cuya existencia niega, porque generalmente los indigenas, al disecar el ave para el comercio, le arrancan las patas y las alas. «Hanno opinione i Mori, añade el historiador del viaje de Magallanes, che questo ucello venga del *Paradiso terrestre* é chiamanlo *manucodiata*, cio é, *ucello di Dio*.» (RAMUSIO, t. I, página 367 b.) Esta palabra, repetida en la relación del viaje de Magallanes, hecha por un secretario del emperador Carlos V en una carta al Cardenal-Obispo de Salzburgo (*l. c.*, pág. 351 b), es, según observación de mi hermano, que consta en su gran obra sobre la lengua Kavi ó Javanesa, una alteración de la palabra malaya *manuk-devata* formada de *manu*, en malayo pájaro, y *devata*, en malayo y sanscrito *divino*. La palabra *manuk-devata* convirtiólala el viajero italiano en *manuco-diata*.

(1) Acaso la misma obra de Marco Polo inspiró al papa Eugenio IV tanta desconfianza en la veracidad de los viajeros. Sabemos por el testimonio de F. Jacopo di Aquí que se burlaron de Marco Polo hasta el punto de haber siempre, en las mascaradas en Venecia, largo tiempo después de su muerte, algunos que tomaban su nombre y le imitaban para divertir al pueblo, refiriéndole cosas extraordinarias. Lo mismo se hizo después con Pigafetta. AMORETTI, *Voyage de Maldonado*, pág. 67.

La permanencia de Nicolás de Conti y de Poggio en una ciudad en que Toscanelli, según su propio testimonio y el de Cristoforo Landino, buscaba sin cesar ponerse en relación con los hombres que el comercio había conducido al *país de las especias*, debía necesariamente hacer revivir los recuerdos que Marco Polo dejó de las maravillas de Quinsay y de Cambalu, del frecuente arribo de buques al puerto de Zaithun y de las riquezas del Mango. Esta conformidad de tradiciones, la celebridad de las mismas localidades, renovada con siglo y medio de intervalo, debían influir tanto en el activo espíritu de Toscanelli, que probablemente es Nicolás de Conti el designado, sin nombrarle en la segunda carta á Colón, entre los viajeros al Asia á quienes conviene oír para comprender la facilidad y utilidad del viaje á la India por el Oeste.

No puedo creer, sin embargo, como el abate Ximenez y tantos otros autores que le han copiado, que «el embajador del Gran Can», llegado á Florencia en tiempo de Eugenio IV, y del que se habla en la carta al canónigo Martínez, sea el mismo Nicolás de Conti. En la carta se designan dos embajadores Mogoles; el uno «doscientos años antes, el otro en tiempo de Toscanelli». La primera embajada es, sin duda, la que fracasó en 1267 por la enfermedad de un señor mogol (1), Kho-

(1) Khogatal se separó de los viajeros á 20 jornadas del camino de Bokhara «*Il Barone s'ammalò gravemente per volontà del quale e per consiglio di molti lasciandolo, sequitorno il loro viaggio (dell' Armenia Minore al porto di Giazza)*» Traducción de RAMUSIO (t. II, pág. 3, a.) Nicolai y Maffeo Poli volvieron á Venecia en 1271, porque la noticia de la muerte del

gatal, cuando el regreso de Nicolás y de Maffeo (Mateo) Poli, padre y tío del célebre Marco Polo, conocido primeramente con el nombre un poco satírico de *Messer Marco Milione*. Éste fué quien, según la oportuna frase del viejo Sansovino, descubrió un nuevo mundo antes de Colón, y cuya admirable obra poseemos.

En cuanto á la segunda embajada en tiempo de Eugenio IV, no hay indicio alguno en el viaje de Conti de que trajera misión alguna del *Gran Can*. ¿Cómo es posible que Poggio, en el corto epílogo añadido en honor del viajero «que ha visto, dice, países por nadie recorridos desde los tiempos de Tiberio», no había de mencionar incidente tan honroso? ¿Cómo Toscanelli, que niega á Nicolás y Maffeo Poli el título de embajadores (1), y que recuerda expresamente que los encargados de la misión quedaron en el camino y sin llegar á Italia, hubiera hablado del veneciano Conti como de un embajador mogol «que ponderaba la magnificencia de su rey y el afecto de su país hacia los católicos?»

Nicolás de Conti, después de perder en la peste de Egipto su mujer, dos hijos y dos criados, volvió con los otros dos hijos que le quedaban á Venecia. De venir en su compañía algún embajador del *Can*, no hubiese sido

papa Clemente IV les detuvo largo tiempo en Acre. Ahora bien; como la carta de Toscanelli es de 25 de Junio de 1474, la expresión *ha doscientos años* es suficientemente exacta.

(1) Título que podía aplicárseles con tanta más razón, cuanto que ellos mismos se lo dieron, según la relación de Marco, y traían una carta para el Papa: «*Il Grand Can proponendo nell'animo suo di volerli (idetti due fratelli) mandar ambasciatori al Papa, volle haver prima il consiglio de'suoi baroni.*»

olvidado en la minuciosa y detallada relación de su viaje. Ignoro absolutamente quién fuera el personaje mogol con el cual tuvo Toscanelli, según dice, larga conferencia durante el pontificado de Eugenio IV, que duró diez y seis años; pero, por las razones expuestas, creo poco probable fuera un viajero veneciano que llegaba como penitente á Florencia. Acaso hubo alguna equivocación, quizá un error originado por una de esas mistificaciones diplomáticas á que hemos visto expuestas las primeras cortes de Europa, aun en tiempos modernos, cuando algunos aventureros asiáticos ó africanos se suponían encargados de los intereses de sus príncipes.

Sea cualquiera la influencia que ejerciese en el ánimo de Colón la carta de Toscanelli, es, sin embargo, una prueba cierta (y lo recordamos en honor de aquél) de la anterioridad de los proyectos del navegante genovés. Llegó éste á Lisboa en 1470 é hizo amistad con el florentino Lorenzo Giraldi, como en Sevilla vivió en íntimas relaciones con otro florentino, Juan Berardi, jefe de una casa de comercio en la que estaba empleado Amerigo Vespucci. En todos los puertos de movimiento comercial, tanto de Europa como de las costas septentrionales de África y de Levante, había entonces establecidos negociantes italianos. Supo con certeza Colón que el rey de Portugal Alfonso V había hecho pedir á Toscanelli, por medio del canónigo Fernando Martínez, una instrucción detallada acerca del camino de la India por la vía del Oeste, y esta noticia debió alarmar á quien con grande empeño proyectaba lo mismo.

La gran fama que gozaba el astrónomo de Florencia engendró en Colón la esperanza de aprovechar las luces del sabio italiano para la consolidación de su empresa.

Lorenzo Giraldi se encargó de que llegaran á Toscanelli las cartas escritas por Colón. Sólo conocemos las respuestas de éste en número de dos:

«Veo, dice la primera carta de Toscanelli, el noble y gran deseo vuestro de querer pasar adonde nacen las especerías, por lo cual, en respuesta de vuestra carta, os envío la copia de otra que escribí algunos días ha á un amigo mío, doméstico del Serenísimo Rey de Portugal, antes de las guerras de Castilla, en respuesta de otra que me escribió de orden de su Alteza sobre el caso referido.» Como la carta al canónigo de Lisboa está fechada en Florencia el 25 de Junio de 1474, puede creerse, á causa de la frase incidental *algunos días ha* (1), que Colón consultó á Toscanelli á principios del mismo

(1) El jesuita Ximenez, en su comentario á las cartas de Toscanelli, encuentra alguna obscuridad en esta designación del tiempo, *algunos días ha*, y la frase que le sigue inmediatamente, *antes de las guerras de Castilla*. Opino que, por ligero error de puntuación, se ha separado con una coma esta última frase de la palabra *doméstico*. La carta anuncia sencillamente que el canónigo estaba al servicio de Portugal largo tiempo antes de las perturbaciones del reino de Castilla, suscitadas por el destronamiento del rey Enrique IV en 1465, y su reposición en el trono en 1468. Otro error de mayor importancia, por referirse al descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, se deslizó en el comentario de Ximenez. Toscanelli escribió al canónigo Martínez que el camino que propone para llegar por el Océano Occidental al país de las especias, es cortísimo, más corto que el que necesitaban hacer los portugueses para ir á la costa de Guinea (*el camino por la vía del mar es brevísimo: lo tengo por más corto que el que hacéis á Guinea*). El abate Ximenez dice *el camino que voi fate per Guinea*, lo que tiene muy distinto sentido, pues permitiría preguntar si los negociantes *atravesaban* la Guinea. *Gnom. Fior.*, páginas LXXXII y LXXXIV.

año. Esta fecha no carece de importancia para la historia del descubrimiento de América, porque directamente contradice el cuento que refieren el inca Garcilaso, Gomara y Acosta (1), de que un piloto de Huelva llamado Alonso Sánchez, que en una travesía de España á las islas Canarias, en 1484, pretendió haber llegado á impulso de los vientos del Este hasta las costas de Santo Domingo, fué, sin duda, quien, al volver á la isla Tercera, hizo nacer en el ánimo del Almirante la *primera idea* de su expedición. Ya Oviedo califica esta anécdota de «fábula que circula entre la plebe», y el misterioso viaje de Alonso Sánchez es posterior en diez años á la correspondencia con Toscanelli.

Pero si esta correspondencia prueba que Colón se ocupaba del proyecto de buscar el país de las especias por el Oeste mucho antes de entrar en relaciones con el célebre astrónomo de Florencia, queda indeciso cuál de los dos, Colón ó Toscanelli, fué el primero en entrever la posibilidad de esta nueva vía abierta á la navegación de la India.

Toscanelli, según antes hemos dicho, contaba setenta y siete años de edad cuando habló de su proyecto al canónigo Martínez y probablemente la persuasión de la brevedad del camino (*brevisimo camino*) á través del Océano Atlántico databa de mucho antes en su ánimo.

Dice terminantemente: «Aunque yo he tratado *otras muchas veces* del brevisimo camino que hay de aquí á las Indias donde nacen las especerías, por la vía del mar, el cual tengo por más corto que el que hacéis á Guinea,

(1) GARCILASO. *Coment. Reales*, lib. I, cap. 3; GOMARA, *Historia de las Indias*, cap. 13; ACOSTA, lib. I, cap. 19.

ahora me decís que su Alteza quisiera alguna declaración ó demostración para que entienda y se pueda tomar este camino, por lo cual, sabiendo yo mostrársele con la esfera en la mano, haciéndole ver cómo está el mundo, sin embargo he determinado, para más facilidad y mayor inteligencia, mostrar el referido camino en una carta semejante á las de marear, y así se la envió á su Majestad, hecha y pintada de mi mano, en la cual va pintado todo el fin del Poniente, tomando desde Irlandia al Austro hasta el fin de Guinea, con todas las islas que están situadas en este viaje, á cuya frente está pintado en derechura por Poniente el principio de las Indias, con las islas y lugares por donde podéis andar y cuánto os podriais apartar del Polo Artico por la línea equinoccial, y por cuanto espacio, esto es, con cuántas leguas podriais llegar á aquellos lugares fertilisimos de especería y piedras preciosas.»

Este párrafo prueba suficientemente que mucho antes de 1474 había aconsejado Toscanelli al Gobierno portugués el camino que siguió Colón y que accidentalmente produjo el descubrimiento de América.

Parece natural que esta misma idea ocurriera á la vez á muchos hombres instruidos y con empeño ocupados en extender la esfera de los descubrimientos: debió nacer en la imaginación de Martín Behaim, cuyo famoso globo construído en 1492 (*Apfel*, la manzana terrestre) sitúa «el rey de Mango, Cambalu y el Cathay á 100 grados al Oeste de las Azores», como lo hacían Toscanelli, Colón y cuantos creían al Asia excesivamente prolongada hacia Oriente.

Ya hemos visto que Toscanelli y Colón distinguen en sus escritos el objeto principal de la empresa (encontrar

el camino más corto para ir á la India) del secundario (el descubrimiento de algunas islas). Toscanelli distingue además «las islas que se encontrarán en el camino (que están situadas en este viaje), por ejemplo, la Antilia, de las próximas á la India continental, por ejemplo, Cipango, y las islas con las cuales trafican los negociantes de diferentes naciones».

Hasta la misma nota histórica que Colón puso al frente de su Diario de navegación, terminado en 15 de Marzo de 1493, da por motivo del viaje el deseo de los Reyes Católicos de conocer las inclinaciones de un poderoso príncipe de la India, el *Gran Can*, en favor de la religión cristiana, «y ordenaron, añade, que yo no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbra de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos, por cierta fe, que haya pasado nadie» (1).

No se trata (en este preámbulo del Diario de Colón) de las islas y de la *Tierra Firme* por descubrir en la *Mar Océana*, sino como resultado probabilísimo de una empresa cuyo principal objeto es dirigirse con la armada suficiente á las dichas partidas de India. (Las del *Gran Can*.)

La expedición proyectada no fué, pues, en un principio, propiamente hablando, un viaje de descubrimiento de tierras nuevas, sino un viaje que debía comprobar la existencia del paso libre á las Indias por el *Oeste*, como Magallanes, Parry, Ross y Franklin comprobaron ó

(1) NAVARRETE, t. I, pág. 2. La frase *saber de cierta fe* es notable por lo modesta.

intentaron los pasos por *Suroeste* y el *Noroeste* (1).

La influencia que Toscanelli ejerció en el ánimo de Colón recuerda involuntariamente la cuestión promovida por Vincent, de si el descubrimiento de la navegación á las Indias doblando el cabo de Buena Esperanza se debe á Corvilham ó á Gama. No cabe duda de que Corvilham, después de vivir en Calicut, en Goa y entre los árabes de Sofala en la costa oriental de Africa, escribió á Juan II, rey de Portugal, por mediación de dos judíos, Abraham y Josef (2), que los barcos portugueses, si continuaban costeadando el Africa occidental hacia el Sud, llegarían á la extremidad de este continente, y al llegar á este extremo debían dirigir la ruta en el Océano oriental hacia Sofal y la isla de la Luna (3)

(1) Aunque al escribir estos párrafos (Febrero de 1834) no ha desembocado ningún buque por el canal de Barrow en el mar de Kamtchatka, ó costeadando América desde la península de Melville y el Príncipe Regent-Inlet hasta la bahía de Kotzebue, los brillantes descubrimientos de Parry, Franklin y Beechey no dejan, al parecer, duda acerca de la comunicación entre el mar de Baffin y el estrecho de Behring.

(2) Pedroio de Covilham y Alonso de Payva se embarcaron en Barcelona en 1487 para saber noticias del Preste Juan. Los dos judíos se unieron á Covilham en el Cairo á su vuelta de Sofala y de Adem.

(3) Según d'Herbelot, la isla Seranda de Edrisi (HARTMANN rechaza este sinónimo, *Africa*, pág. 115); Magastar ó Madagascár (corrupción de la palabra Madagache) de Marco Polo, llamada después, á principios del siglo XVI, isla de San Lorenzo de los Portugueses. Con esta última denominación encuentro la isla de Madagascar en un mapa-mundi dibujado en Sevilla en 1527, y por tanto, anterior en dos años al célebre mapa de Diego Rivero, conservado también en la Biblioteca de Weimar